



III MEDITACIÓN:
EL PERDÓN Y LA ALEGRÍA
DE LOS MÁRTIRES

EL PERDÓN A LOS ENEMIGOS: SIN ARMAS EN EL CORAZÓN

Si el cristianismo desea ser una voz irresistible y relevante en este siglo XXI, debe actualizar los rasgos de la revelación original. Hay dos rasgos característicos en los que vamos a fijar nuestra atención: el perdón y la alegría. Ambos rasgos caracterizaron la conducta de nuestros hermanos mártires de Barbastro.

0. Introducción

Nos adentramos en un tema de gran profundidad: “La alegría y el perdón en el contexto del martirio”.

El martirio surge del “odio” a la fe. Y movidos por él, unos lo deciden y otros lo ejecutan. El odio llevó a Jesús a la muerte: unos lo decidieron con el consenso del pueblo y otros lo ejecutaron. En este contexto, ¿qué significa “perdonar”?

En esta mañana, nos centraremos en “el perdón a los enemigos”, que he querido titular “Sin armas en el corazón”. Dividiré esta reflexión-meditación en cuatro partes:

- ¿Habrá algo que sea imperdonable?
- Perdonar como Jesús nos pidió y Claret nos enseñó.
- Ellos también perdonaron.
- ¡Perdonemos también nosotros!

1. ¿Habrá algo que sea imperdonable?

a) Desde la perspectiva de las “víctimas”

Los mártires de Barbastro fueron víctimas del odio. Murieron perdonando. Pero preguntemonos: ¿qué significaba “perdonar” en aquel contexto? ¿No habría que decir que quienes decidieron y ejecutaron aquel martirio -sin arrepentimiento alguno- no merecían ser perdonados? ¿Qué consiguieron nuestros mártires al morir perdonándolos?

Sin embargo, el perdón está en el corazón mismo de nuestra fe cristiana. El perdón pone fin a la hostilidad, al menos, por una parte. El “odio” es respondido con “amor”, la “guerra” con la paz. Hay alguien, por lo tanto, que pone fin a la hostilidad y se reconcilia. El perdón es la opción por la no-violencia, es el proyecto de paz de Dios, diseñado para poner fin a la hostilidad y lograr la reconciliación:

“Bien conozco los designios que me he propuesto con vosotros -oráculo del Señor-. Son designios de paz, no de desgracia, de daros un porvenir cuajado de esperanza. ¹² Me invocaréis, vendréis a rogarme, y Yo os escucharé. ¹³ Me buscaréis y me encontraréis, si me buscáis de todo corazón” (Jer 29,11-12)

Sólo el perdón puede rescatar a la sociedad humana del torbellino destructivo de la violencia y la venganza y ofrecer una alternativa de cura milagrosa sin represalias. En la guerra española se utilizaron las armas, pero no el perdón. Pero nuestros mártires de Barbastro -como tantos otros mártires cristianos-, sí, hicieron del perdón “su arma más poderosa”¹.

¹ Cf. OG MANDINO, *El vendedor más grande del mundo*. Donde dice: “Haré del amor mi arma más poderosa y nadie a quien yo sivate podrá defenderse de su fuerza”.

b) ¿Imperdonable? El territorio nuevo del perdón

Jesús no rehuía a los otros, aunque fueran asesinos, ladrones o adúlteros. Más todavía: Jesús decía: “el que esté sin pecado -el que nunca haya querido nada malo- que tire la primera piedra”. Y nos recordó que nuestra culpabilidad es universal. Jesús condenaba la hipocresía. Y la describía como una tumba limpia por fuera, pero llena de “corrupción”, de gusanos por dentro.

En la cruz Jesús fue la víctima y “murió por nosotros”, “por todos”.

Cuando pronunció la parábola del hijo pródigo nos reveló a través de del padre, cómo es Dios. El padre de la parábola sale al encuentro del hijo arruinado que vuelve a casa: lo acoge, lo agasaja; no hay violencia en él, ni justicia reivindicativa, solo amor. Libera de la cárcel sin exigir pagar todo el castigo merecido.

Dios considera perdonables una gran cantidad de culpas, que nosotros consideramos imperdonables. Nuestra tendencia es “reducir la gracia”, “controlar el perdón”. Y esto nos lleva a la crueldad y la tiranía: así fue la antigua Inquisición y así son las penas más mitigadas de ahora.

¿Habría que decir -desde el cristianismo- que el perdón no es aplicable en situaciones extremas como los campos de concentración de la Alemania nazi, la limpieza étnica en la anterior Yugoslavia y las masacres tribales de Ruanda? ¿O ante los abusos – sexuales, de poder, económicos?

En este contexto el perdón es desconcertante. Nos lleva a un “territorio nuevo” y requiere abrazar el riesgo y la incertidumbre.

Jesús fue víctima de nuestra miseria: envidias, leyes, odio... Por eso, fue condenado a muerte. Y, a pesar de todo, clamó: ¡Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen! Su perdón fue incondicional. Nosotros no lo merecíamos. Ese perdón desafiaba nuestra forma de entender la justicia, el mérito, la ley, la pureza.

2. Perdonar como Jesús y Claret nos enseñó

a) El perdón de Jesús crucificado

¿Es siempre posible el perdón?, se preguntaba Simon Wiesenthal². El perdón es un acto de la voluntad, que solamente la víctima puede conceder. Para ella, el perdón no es barato, sino muy costoso. Y así lo fue también para Jesús tras sufrir -sin represalias- la violencia de la cruz.

Pero decir que el perdón no es posible, ¿no es eso es negar el corazón mismo del Evangelio? ¡“Nada hay imposible para Dios”, ¡incluido sobre todo el perdón!

Con relación a crímenes como el asesinato, la violación y el genocidio, no vale el “perdona y olvida”. En la cruz se encuentran en profunda colisión la injusticia y el perdón. El perdón cristiano no nos llama a olvidar. Nos permite recordar, pero nos llama a poner fin al ciclo de la venganza.

El perdón cambia el mundo. Amar y perdonar a los enemigos, ¡así es cómo se cambia el mundo! El perdón no es un sentimiento. El perdón es la elección de poner fin al ciclo de venganza y dejar la justicia en manos de Dios.

Al orar Jesús la oración que Jesús nos enseñó hemos de decir: “perdona nuestras ofen-

2 SIMON WIESENTHAL, *The Sunflower*, 1969.

sas, así como nosotros perdonamos a los quienes nos ofenden". Jesús, clavado en la cruz oró algo increíble: "Padre, perdónalos"; en su primera aparición a los discípulos después de la resurrección, Jesús les dijo: "A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados". Y también cuando profesamos nuestra fe en el Credo decimos: "Creo en el perdón de pecados".

b) Perdonar como Claret

En nuestros mártires quedó reflejada y cumplida la definición del misionero hijo del Inmaculado Corazón de María que nuestro padre fundador nos legó.

Claret fue blanco de numerosos ataques y calumnias. Le acusaron de intromisión en política, le alteraron infamemente sus escritos, llegando al extremo de atribuirle un opúsculo obsceno con el mismo nombre que uno de sus libros (*El Ramillete*) para intentar manchar su obra y a él mismo. A pesar de que sus amigos le aconsejaron defenderse en varias ocasiones él siempre respondió que la mejor defensa era no hacer caso y al mismo tiempo rogar a Dios por sus enemigos. Fundamentaba esta actitud en el ejemplo de Jesús en la Cruz: "Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen". Consideraba que aquellos que lo calumniaban y perseguían eran "desventurados" que no sabía lo que decían o hacían.

Cuando nuestro Padre Fundador padeció el atentado de Holguín, no dejó de reconocer la maldad de aquel hecho: lo denominó "manifestación de la "hora de las tinieblas": "hora en que Dios daba permiso a los malos y a los demonios para que me hirieren; pues que, cuando el asesino me hirió, yo vi al mismo demonio cómo le ayudaba y daba fuerza para descargar el golpe.... (Aut 586). Pero, inmediatamente hizo referencia al perdón: ¡Padre mío! Perdonadle, que no sabe lo que hace" (Aut 586).

A partir del año 1868 Claret interpretó sus crecientes sufrimientos -calumnias y persecuciones- como purificaciones pasivas y parte esencial de su vocación apostólica para salvar el mundo y morir crucificado. En él se cumplió la definición del Misionero: "nada le arredra; se goza en las privaciones... abraza los sacrificios... se alegra en los tormentos. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en sufrir y procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas" (Aut 494).

3. Ellos... también perdonaron

Uno de los estudiantes claretianos del grupo de nuestros mártires de Barbastro, Tomás Capdevila Miró, grabó en el lado inferior de un taburete de su celda el 12 de agosto de 1936 el siguiente mensaje:

"Como Jesucristo muriendo, desde lo alto de la cruz perdonó a sus enemigos, así yo muero como mártir, perdonándoles de todo corazón y prometiendo orar por ellos de modo particular y por sus familias. Adiós".

Otro seminarista hablando de la atmósfera que se respiraba en la cárcel, escribió:

"Si hablamos, lo hacemos solo para animarnos unos a otros a morir como mártires. Si oramos, lo hacemos para perdonar a nuestros enemigos. Sálvalos, Señor, porque no saben lo que hacen".

En el salón donde concentraron a la comunidad claretiana se leían entre otras inscripciones, que resumaban un gran entusiasmo religioso y martirial: "*¡os amamos y perdonamos!*".

La disponibilidad para perdonar a los perseguidores y verdugos por parte de los mártires expresaba su participación en los sentimientos de Cristo Jesús. Y lo hacían con el riesgo de exasperar aún más el odio en los perseguidores o verdugos.

En estos hechos -y muchos otros- se verifica aquello que san Pablo escribió en su carta a los Filipenses:

“Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas” (Filp 3,20-21).

El martirio es proceso, no un hecho puntual. Y en ese proceso hay choques, turbulencias, tentaciones, dudas, iluminaciones, impulsos, consejos evangélicos y del Espíritu, emerge la capacidad de perdonar, y una indescriptible alegría.

El Martirio es *perdonar* a los enemigos y *alegrarse* en los tormentos. El martirio incruento está muy bien expresado por nuestro Padre Fundador en la definición o forma del misionero:

“Un hijo del inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad...”

Durante el martirio la caridad -el amor que proviene del Espíritu- reconfigura y perfecciona al mártir, que supera cualquier sentimiento de desprecio u odio. Y así se produce una comunión más perfecta con Dios.

“Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13). “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

4. ¡Perdonemos también nosotros!

El perdón no es debilidad: es la audacia de creer que incluso quien nos lastimó merece una oportunidad para cambiar, y que nosotros, al otorgarla, nos liberamos de ser prisioneros del pasado.

“En un mundo donde la fealdad del odio y las represalias están impulsando el argumento del siglo XXI, la belleza del auténtico perdón cristiano es la irresistible alternativa”³.

Nuestras Constituciones nos piden en el n. 16:

“No juzguemos nunca a los hermanos, ya que el Señor es el único juez, ni nos atrevamos a sospechar de ellos. Excusemos la intención, aun cuando no podamos justificar la obra. Separamos personar a todos con espíritu generoso, si alguno tiene contra otro algún motivo de queja”.

El n. 54:

“Deseen vivamente y pidan ser corregidos y avisados; y respondan a todas las correcciones con acción de gracias y con íntimo reconocimiento”.

5. Actividad personal propuesta: El perdón, camino de liberación

Objetivo: Ayudarnos a identificar heridas no perdonadas y reflexionar sobre cómo el perdón puede transformar nuestra relación con Dios y los demás.

- **Oración inicial:** Leer Lucas 23:34 (*“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”*). Un momento de silencio para pedir al Espíritu apertura de corazón.
- **Ejercicio de escritura:** *¿Quién me ha herido profundamente? ¿Cómo ha afectado esto mi vida? ¿Qué me impide perdonar? (Miedo, orgullo, justicia propia...) ¿Cómo puedo imitar a los mártires de Barbastro al elegir perdonar “sin armas en el corazón”?*
- **Meditación con el Salmo 51:** Leer el Salmo 51 (Miserere) enfatizando los versos 3-4 (*“Lávame de mi maldad... contra ti he pecado”*). Reflexionar: *¿De qué necesito ser lavado? ¿A quién necesito lavar con el perdón?*
- **Compromiso concreto:** Escribir una carta de perdón (no necesariamente para enviar) diri-

3 BRIAND ZAHND, *¿Incondicional? El llamado de Jesús al perdón incondicional*, versión Kindle.

gida a alguien específico o a sí mismo. Opcional: Realizar un gesto simbólico (ej: quemar la carta como signo de liberación).

- **Oración final:** Recitar juntos el Padrenuestro, enfatizando *“perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos...”*. Invitar a llevar una pequeña cruz en el bolsillo durante la semana como recordatorio del perdón recibido y ofrecido.

II PARTE:

LA ALEGRÍA DE LOS MÁRTIRES

0. Introducción

En el Santuario de Javier, Navarra, contemplamos una imagen que desafía toda lógica humana: un Cristo crucificado con el rostro sereno, casi sonriente. Esta representación, lejos de ser una mera licencia artística, es la respuesta que yace en una “alegría cristiana” que, es fuerza vital, don y revolución.

Dividiré esta meditación en cuatro partes:

- Paradoja divina: donde el dolor se viste de luz
- El martirio como semilla apocalíptica: expansión cósmica
- La alegría de los Mártires
- La exhortación a la alegría en nuestras Constituciones

1. Paradoja divina: donde el dolor se viste de luz

«Vuestra tristeza se convertirá en alegría» (Jn 16,20), dijo Jesús; y comparó este misterio con el gozo de una mujer que, aun a pesar de un parto con dolor, da a luz a un nuevo ser humano: dolor que germina vida.

Así mismo, el mártir no niega el sufrimiento; lo transfigura, porque algo nuevo está naciendo.

La alegría coexiste con el dolor, porque -como decía santo Tomás de Aquino- «Dios es felicidad» “Deus est beatitudo”.

También san Francisco de Asís proclamaba que la «alegría perfecta» reside en amar sin condiciones, incluso en la cruz.

El buen ladrón -en su agonía- vislumbró este secreto: “«¡Acuérdate de mí!» (Lc 23,42) y Jesús le respondió con un “hoy” (Lc 23,43). Con ello, Jesús nos recordaba que el Paraíso no es futuro, sino que se hace presente cuando nos entregamos a Él.

Desde San Esteban hasta los mártires de Barbastro, su fortaleza no fue estoica, sino amorosa. «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida» (Jn 15,13).

Los mártires cantaban ante la muerte, convirtiendo su sacrificio en semilla -sangre que fecunda- (Tertuliano). La alegría de los mártires no fue una alegría solitaria. Se unió a la Nueva Jerusalén, capital de la danza de la reconciliación y de la alegría, donde todos somos convocados.

También santa Teresa de Calcuta transformó el sufrimiento en «canción», mostrando que el Reino ya germina «en medio de nosotros» (Lc 17,21).

El mártir no niega el sufrimiento, pero lo transfigura. Para el mártir la cruz se vuelve camino de luz.

2. El martirio como semilla apocalíptica: expansión cósmica

a) *Expansión cósmica*

La ‘expansión cósmica’ refleja cómo el gozo del mártir, como una semilla, genera vida que trasciende lo humano, influyendo en la creación entera.” El martirio en su “expansión cósmica” trasciende lo humano: montañas, estrellas y el simple pan cotidiano se unen al regocijo.

El martirio no es un fin en sí mismo, sino un acto que desvela el triunfo de Jesús sobre el mal (alegría en la cruz), que anuncia que el sufrimiento no tiene la última palabra y que convoca a toda la creación a participar de la victoria final.

La sangre de los mártires es semilla apocalíptica: de un mundo nuevo. Es una metáfora cósmica: la semilla del martirio genera vida nueva (Jn 12,24): renueva comunidades, culturas y hasta la relación con la creación. La alegría cristiana es fuerza cósmica que abarca toda la creación, pues la creación entera gime esperando la revelación de los hijos de Dios” (Rom 8,19). El mártir, al vivir la alegría en medio del dolor, anticipa esa liberación cósmica.

Los mártires de Barbastro cantaban y mostraban una felicidad mística. Su alegría tenía el poder de expandirse y transformar lo que tocaba. Los mártires -al unir su sufrimiento al de Cristo, participan en la *redención del cosmos* (Col 1,24). Nuestros mártires de Barbastro inspiraron fe en otros, invitaron a toda la humanidad a unirse a la “danza de la reconciliación”.

La “expansión cósmica” sintetiza esta idea: el gozo del mártir es semilla que, al caer en la tierra, desencadena un movimiento de vida que alcanza *dimensiones eternas y universales*. No es casualidad que el rostro sereno del Cristo de Javier parezca sonreírle no sol al peregrino, sino al cosmos entero.

“El martirio no es un acto de desesperación, sino de entrega”: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

El buen ladrón, crucificado junto a Jesús, comprendió esto. En su agonía, suplicó: “Acuérdame de mí cuando estés en tu Reino” (Lc 23,42). Jesús le respondió con una promesa inmediata: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 23,43). León Bloy nos recuerda que el Paraíso no es un futuro lejano, sino un “hoy” que se abraza en la pobreza y la cruz.

El martirio, semilla cósmica: Alegría que Resucita en la Historia. La sonrisa de Javier no es gesto vacío; es profecía. «El martirio fecunda la tierra», escribió Tertuliano.

b) *Semilla de cristianos: misión como pasión*

Así como el martirio transforma el cosmos, también da fruto en la comunidad cristiana.

Los mártires de Barbastro cantaban, mostraban una felicidad mística y misteriosa. Morían gritando a Cristo Rey e invocando a María, Madre y Reina.

La sonrisa de Cristo en Javier no es un gesto vacío. Es un recordatorio de que “el martirio fecunda la tierra de la Iglesia”. Tertuliano escribió: “La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos”. Este gozo no se apaga con la muerte; al contrario, resplandece en la historia. Santa Teresa de Calcuta decía: “El sufrimiento, si se acepta con amor, se convierte en canción”.

Los mártires no huyen del mundo; lo redimen. Como Jesús enseñó: “El Reino de Dios está en medio de vosotros” (Lc 17,21). En cada acto de amor fiel, aún en la prueba, descubrimos ese Paraíso que ya germina aquí.

3. La alegría de los mártires

No estamos invitados solo a admirar a los mártires, sino a imitar su fe. La alegría cristiana no depende de las circunstancias, sino de la certeza de que Dios tiene la última palabra. En nuestros propios “martirios cotidianos” —en la enfermedad, la incompreensión o la renuncia silenciosa— podemos elegir confiar.

Jesús nos llama: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré” (Mt 11,28). Él no promete eliminar la cruz, sino transfigurarla. Como los mártires, somos portadores de una esperanza que brilla en la oscuridad.

El ángel Gabriel le dijo a María: “Alégrate, agraciada, que el Señor está contigo”. Con ello la invitó a encontrar la alegría en un momento-límite, al acercarse a la verdad, la bondad, la belleza y el amor. El ángel mostró el tesoro oculto que iba a acontecer en ella. La invitó a una alegría inmensa que iba a repercutir en todo el universo, a la “alegría perfecta”.

María acogió ese regalo y se comprometió con él, cuando dijo en su Magnificat: “Mi alma se alegra en Dios mi Salvador”. El Espíritu Santo que la cubrió con su sombra, le concedió uno de sus dones espléndidos: el don de alegrarse. Y esa alegría de María se contagió después a Isabel, a José, a los pastores. Y Jesús fue también el mensajero de la Alegría -el Mebasser-: “Alegría del mundo, resplandor de la Gloria del Padre”. Y esa misma alegría quiso transmitirla a sus seguidores con las Bienaventuranzas y la potenció enviándoles el Espíritu Santo.

En resumen, la alegría cristiana es una experiencia profunda, paradójica y expansiva, que es a la vez un don y una tarea. Surge del interior, especialmente en la cercanía con Dios y en medio del sufrimiento, transformándolo.

4. La exhortación a la alegría en nuestras Constituciones

Nuestras Constituciones de los Misioneros Claretianos hace referencia a la alegría y el gozo en varios contextos, principalmente ligados a la vida religiosa, la misión y la vivencia del carisma: nos hablan de “los Apóstoles, testigos de la alegría de la Resurrección de Cristo impulsados por el fuego del Espíritu Santo, recorrieron el mundo entero” (CC, 40). Nos piden vivir gozosamente el don de nuestra vocación (CC, 58). Además, nos dicen que “movidos por el gozo del Espíritu, nos esforcemos -con todos nuestros medios y recursos- por conseguir que Dios sea conocido, amado y servido por todos. Amemos a todos los hombres, deseándoles y procurándoles la bienaventuranza del Reino ya iniciada en la tierra.” (CC, 40). “Alégrense cuando experimenten algunos efectos de la pobreza, confiando en la providencia de Dios” (CC, 26).

La alegría aparece como una característica fundamental de nuestra vida misionera, impulsada por el Espíritu, vivida en la vocación, presente incluso en la pobreza, las tribulaciones y el sufrimiento por Cristo.

La alegría es nuestra fuerza para colaborar con la Providencia de Dios en la sostenibilidad de nuestro mundo. La alegría -como bienaventuranza- subvierte valores caídos: ¡felicidad -no en el orgullo-, sino en la entrega».

No somos espectadores, sino herederos. «Venid a mí los cansados» (Mt 11,28). Jesús no nos invita a eliminar cruces, sino a transfigurarlas. La alegría se cultiva en lo ordinario: creación, arte, relaciones auténticas. Y “los martirios cotidianos” -como la enfermedad, los silencios, los conflictos comunitarios o misioneros que no se resuelven-, son oportunidades para elegir confiar.

Como escribía Simone Weil: “el infierno es ignorar el Paraíso -“*L'enfer, c'est de ne pas reconnaître le paradis*”-)”⁴. Nosotros sabemos que Jesús nos lo ha prometido y ya podemos comenzar a disfrutarlo.

Miremos, de nuevo, al Crucificado de Javier. Su serenidad es grito silencioso: «El amor vence al dolor; la alegría, a la muerte». Que esta meditación nos impulse a abrazar nuestras cruces con gozo, pues ya hoy, en el «hoy» de Dios, somos portadores de un Reino que canta, danza y resucita. Pero no olvidemos que «La alegría cristiana no es un adorno; es un acto de resistencia».

5. Actividad personal: Encontrar alegría en el sacrificio cotidiano

- **Lectura bíblica:** Leer **Juan 16:20-22** (“*Vuestra tristeza se convertirá en alegría*”) y **Lucas 23:39-43** (el diálogo de Jesús con el buen ladrón).
- **Reflexión personal:** Escribe en un cuaderno: ¿Qué “martirios cotidianos” (ej: renunciaciones, incomprendimientos) enfrentas actualmente? ¿Cómo puedes ver en ellos una semilla de alegría o crecimiento espiritual? Recuerda una situación dolorosa que, con el tiempo, te haya dado frutos inesperados.
- **Oración contemplativa:** Frente a una cruz, imagen de Cristo o espacio silencioso, repite lentamente: “*Jesús, transfórmame para ver en mi cruz un camino de luz. Que mi sacrificio sea semilla de tu Reino.*” Permanece en silencio, escuchando interiormente.
- **Acción concreta:** Realiza un acto de amor gratuito (ej: servir a alguien sin esperar reconocimiento, perdonar una ofensa). Anota cómo este gesto te conectó con la alegría cristiana.
- **Cierre con el Magnificat:** Lee o canta **Lucas 1:46-55** (“*Mi alma glorifica al Señor...*”), uniendo tu experiencia a la alegría de María.
- **Propósito:** Integrar la paradoja del gozo en el sufrimiento, inspirándose en los mártires, para vivir con esperanza y entrega en lo cotidiano.
- **Oración final (opcional):**

*“Señor, que la sonrisa serena de los mártires
me recuerde que el amor vence al dolor.
Ayúdame a abrazar mis cruces con fe,
sabiendo que ya hoy participo de tu Reino. Amén.”*

4 SIMONE WEIL, *Waiting for God*; ID., *Gravity and Grace*, 1947; ID., *Cahiers*.